

LEOPOLDO ZEA

JUAREZ

Y EL DERECHO DE AUTODETERMINACION DE LOS PUEBLOS

“Entre los individuos, como entre las naciones, el respeto al derecho ajeno es la paz.”¹ Con estas palabras Benito Juárez reitera un viejo apotegma de la moral cristiana y la moral kantiana adaptándolo a las relaciones que, ineludiblemente, deben guardar los pueblos entre sí. Fue en defensa de este derecho que el México juarista escribió gloriosas y extraordinarias páginas en la historia mexicana y universal. Así lo entendió Colombia, la nación liberal de su tiempo, al declararlo Benemérito de las Américas. Ahora, en estos trágicos días que estamos viviendo, otros pueblos en otras zonas del mundo están escribiendo con su sangre, páginas no menos gloriosas y extraordinarias. Allá, en la lejana Asia, los pueblos que forman la antigua Indochina, están luchando por el mismo derecho por el cual el México de Juárez luchó en el siglo pasado. Las grandes potencias, ayer, como las de ahora, habían decidido y han decidido repartirse al mundo, sangrar a los pueblos que tienen la desgracia de no ser potencias, y negociar con esta sangre. Y ayer, como ahora, esta sangre ha sido y sigue siendo un baldón para los que traficaron y trafican con ella, y un gran ejemplo de lo que pueden realizar los pueblos en defensa de sus libertades. La resistencia de ayer quedó simbolizada en un hombre, Benito Juárez, como la de ahora ha quedado ya, en otro nombre: Ho Chi Ming.

Ahora en México, pero también en la casi totalidad de la América Latina y en otros lugares del mundo, se recuerda al patricio mexicano, al cumplirse cien años de su muerte. Un recuerdo cuya oficialización está acartonando; esto es, se está desvaneciendo al hombre de carne y hueso que fue Benito Juárez y que, por serlo, es aún más grande. Ya que en acciones históricas como las que él simboliza lo extraordinario es que hayan podido ser localizadas por hombres, no por dioses ni semidioses. Porque hombres fueron los que se enfrentaron al poderío de Napoleón III y a los soldados veteranos de su ejército. Y hombres, también, son los que ahora se han enfrentado y se enfrentan a las máquinas de guerra y destrucción de la gran potencia de nuestros días. Hombres capaces de decir *no* a las presiones, amenazas y terror de esas potencias, aunque este *no* pueda implicar su destrucción total. Hombres y pueblos capaces de exigir a otros pueblos, por fuertes que éstos sean, el mismo respeto que ellos reclaman para sí, aunque no sean capaces de reconocer, en otros, derechos semejantes. Nada pidió Juárez al invasor que no hubiesen reclamado antes para sí los revolucionarios de la Francia de 1789 al enfrentarse a los invasores que quisieron poner fin a su revolución. Como nada piden ahora los patriotas en Vietnam que no hayan exigido los revolucionarios estadounidenses en 1776.

El México de la Reforma se había inspirado en esas dos grandes revoluciones, la estadounidense de 1776 y la francesa de 1789. Por hacer posibles sus postulados lucharon y murieron los próceres de

la Independencia mexicana. Alcanzada ésta, los mexicanos, empeñados en lograr plenamente las metas de estas revoluciones, se enfrentaron a quienes se empeñaban en mantener el *status* colonial español, ya sin España. Algo semejante ha sucedido en Indochina, en donde los patriotas que lograron la independencia, de una Francia que no quería reconocer en otros pueblos lo que ella había reclamado como revolucionaria, tuvieron después que enfrentarse a quienes sólo aspiraban a sustituir un coloniaje por otro. En una y en otra ocasión, los invasores, Francia ayer, los Estados Unidos hoy, pretendieron inclinar la balanza de la guerra civil a favor del conservadurismo y el neocolonialismo, en contra de quienes izaban las mismas banderas de sus revolucionarios.

Alcanzada la Independencia frente al coloniaje español, independencia inspirada en los grandes lemas de la Revolución Francesa, la preocupación inmediata fue la de hacer de México una nación semejante a las grandes naciones que encabezaban la marcha del progreso. Por su logro se enfrentaron al conservadurismo y al poder extranjero empeñado en ocupar el vacío de poder dejado por España. A la Revolución de Independencia siguió la Revolución de Reforma buscando hacer realidad los sueños liberales de un pueblo fuerte e independiente. Esto es, par entre pares, no pidiendo para sí nada que no estuviese dispuesto a conceder a otros pueblos. Exigiendo respeto y dando respeto. Una revolución que aspiraba a hacer, por México, lo que ya otras revoluciones habían hecho por sus respectivos pueblos. Eran metas semejantes a las de las grandes naciones liberales, pero sin que esta comunidad de metas implicase subordinación alguna. La revolución democrática, liberal y de dominio de la naturaleza, para ponerla al servicio del hombre, debería ser realizada por los propios mexicanos y al servicio de los mexicanos. México no permitiría que esta revolución fuese utilizada como pretexto interventor por otra nación. No permitiría que a nombre de los ideales perseguidos, otro imperalismo, aunque levantase banderas liberales, ocupase el lugar del despotismo español. No se trataba de expulsar ahora al francés, como al español ayer, para que otra potencia, con el pretexto de ayudar a realizar las metas que se habían propuesto los liberales mexicanos, tomase el lugar de las potencias expulsadas. México no podía constituir un vacío de poder para ser ocupado por una u otra potencia. México es, pura y simplemente, una nación dispuesta a reconocer en otras naciones los derechos que exige le sean reconocidos. Nada más, pero tampoco, nada menos.

Por ello el México de Juárez en 1867 había vencido a la agresión externa y a la traición interna sin hacer de su triunfo un nuevo pretexto de subordinación y una nueva forma de traición. México había resistido al invasor hasta su expulsión sin adquirir, por ello, compromisos que enajenasen la libertad por la cual había luchado. Así lo expresa Benito Juárez cuando dice en el mismo manifiesto: “Ha cumplido el gobierno el primero de sus deberes,

no contrayendo ningún compromiso en el exterior ni en el interior, que pudiera perjudicar en nada la independencia y soberanía de la República, la integridad de su territorio, o el respeto debido a la Constitución y a sus leyes." Han triunfado las banderas de la revolución democrática y liberal que recorre ya el mundo de esos días, pero ha sido un triunfo alcanzado en México por mexicanos y para mexicanos. "Lo han alcanzado —dice Juárez— los buenos hijos de México, combatiendo solos sin auxilio de nadie, sin los recursos ni los elementos necesarios para la guerra. Han derramado su sangre con sublime patriotismo, arrastrando todos los sacrificios, antes que consentir en la pérdida de la República y la libertad."²

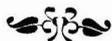
Benito Juárez, insistimos, no acepta que la revolución de su pueblo pueda ser realizada con otro esfuerzo que no sea el de este mismo pueblo. No acepta que ninguna otra nación se abrogue el derecho a conducir y orientar pero, menos aún a realizar las metas que el pueblo mexicano considera como propias. Y lo mismo vale para quienes consideraban que estas metas eran las que señalaba el Partido Conservador, como para las que señalaba el Partido Liberal. Las metas a alcanzar, cualesquiera que ellas sean, son asunto de los mexicanos y para su logro no deben intervenir otras fuerzas que las mexicanas. Ninguna otra nación, por poderosa que sea, tiene derecho a intervenir en apoyo de la realización de estos fines, en un sentido o en otro. Ni la Francia de Napoleón III en la realización de las metas conservadoras, ni los Estados Unidos de Lincoln en la de las metas liberales. La intervención en ambos casos negaría la capacidad de autodeterminación del pueblo mexicano. Una capacidad que tanto Francia como los Estados Unidos sostienen para sí, ya que no aceptarían interferencias que los lesionasen. México no puede ser menos, pese a no ser ninguna potencia.

Por ello Juárez a nombre del pueblo mexicano se enfrenta a la intervención francesa que quiere justificarse diciendo que lo hace para servir al pueblo mexicano y a petición de este pueblo. La guerra civil que ha ensangrentado la tierra mexicana tiene que ser resuelta por los propios mexicanos. Nadie tiene derecho a intervenir en ella en apoyo de esta o aquella facción. Es una guerra civil, no guerra entre naciones. Los franceses al intervenir en México con el pretexto de apoyar a una determinada ideología y a su bando, transforman lo que fuera guerra civil en una guerra entre el pueblo mexicano y la nación invasora. "Al dar este paso injustificable —dice Juárez en 1862— ponen en duda la legitimidad del poder, que poco antes habían reconocido como legal y sólido, retractan virtualmente la protesta de no intervenir en nuestra política interior, y abrogándose un derecho que la razón humana condena, y de que todas las potencias contemporáneas han convenido en abstenerse en obsequio de la justicia, de la civilización y la paz universal, anuncian que harán uso de la fuerza en favor de un

bando vencido en la República por las armas y por la opinión nacional."³ ¿Puede una nación extranjera participar en una guerra civil, a favor de un determinado bando, sin amenazar la independencia total de la nación intervenida? Desde luego que no. La intervención extranjera, cualquiera que sea la justificación que se quiere dar a la misma, amenaza la existencia de esa nación.

Por ello Juárez, a nombre de México y no de una facción nacional, se enfrenta a la intervención, independientemente de la fuerza material con la que pueda contar para resistir su injusta acción. "Por azarosa que sea la lucha a que el país es provocado —dice Juárez en el mismo discurso—, el gobierno sabe que las naciones tienen que luchar hasta salvarse o sucumbir cuando se intenta ponerlas fuera de la ley común y arrancarles el derecho de existir por sí mismas y de regirse por propia voluntad". Los invasores no atacan a una facción, o a un grupo determinado, sino al pueblo de México entero. "Proclamar, como lo hacen nuestros agresores —dice Juárez— que no hacen la guerra al país sino a su actual gobierno, es repetir la vana declaración de cuantos emprenden una guerra ofensiva y atentatoria; y por otra parte, bien claro está que se ultraja a un pueblo cuando se ataca al poder que él mismo ha elevado y quiere sostener".⁴

Pero frente a la intervención, frente a la violación de que ha sido objeto la soberanía de un pueblo ¿cabría la intervención de otra nación para frenar y castigar tal injusticia? Esto es, los liberales mexicanos ¿llamarían en su favor a fuerzas liberales extranjeras como lo hicieron los conservadores mexicanos? No, una injusticia no se elimina con otra injusticia. El enfrentamiento de México a invasores y traidores seguirá siendo asunto mexicano. Juárez se niega, por ello, a cualquier ayuda de los Estados Unidos que signifique una intervención semejante a la que está combatiendo. ¿Cuál es el mejor servicio que los Estados Unidos pueden prestar a México en su lucha? Uno solo, pero altamente importante: sostener públicamente el "principio de no intervención". Así lo hace saber el presidente mexicano cuando en 1867, después del triunfo, recibe al Enviado Extraordinario y Plenipotenciario de los Estados Unidos en México, Marcos Otterbourg. "Los Estados Unidos —le dice— han dado la fuerza de su apoyo moral a la causa del republicanism en todas partes, y a su libre conservación en México, sosteniendo los principios justos del derecho internacional. El pueblo y el gobierno de México, en su lucha por la causa de la República contra una intervención extranjera, han estimado y estiman en su alto valor las simpatías del pueblo y el gobierno de los Estados Unidos, que en la grandeza de su prosperidad, han demostrado la justicia de su política sosteniendo el principio de no intervención, como una de las primeras obligaciones de los gobiernos, en el respeto debido a la libertad de los pueblos y a los derechos de las naciones".⁵



La intervención extranjera, por justificable que pudiera parecer, sólo lesiona la soberanía de la nación que la sufre o la solicita. Por ello Juárez se opone, en todo momento, a diferencia de los conservadores, a cualquier interferencia, aunque ésta tome la forma de ayuda militar a favor del grupo liberal. Así escribe, en 1860, a don Andrés Treviño suplicándole “dicte cuantas providencias sean necesarias. . . para impedir la introducción de tropas extranjeras”⁶ que se enfrentaran a las tropas conservadoras, poco antes de que estas solicitasen la intervención francesa a su favor. Y ya en plena intervención, luchando contra los soldados de Francia y los traidores que los habían hecho llamar, Benito Juárez, sosteniendo fielmente sus principios, se opone a cualquier ayuda extranjera que signifique la enajenación de la Independencia nacional por la cual estaba luchando contra Francia. De lo que se trataba era de luchar por la Independencia nacional y no cambiar de dependencia.

“El triunfo de la causa nacional —escribe en 1866— es seguro, pronto e indefectiblemente y para su realización no necesitamos ni de fuerzas extranjeras ni de transacciones con los traidores”.⁷ No importa que el extraño se presente diciendo que sólo trata de ayudar a realizar metas que quieren alcanzar todos los mexicanos. Basta que haya entrado, o pretenda entrar por la fuerza o el engaño, para que se le rechace. Así piensa Juárez del mismo Maximiliano, el iluso emperador traído por conservadores y franceses, del que se le dice trata de ayudar, no a las fuerzas conservadoras, sino a las fuerzas liberales y sus ideales. No somos tan cándidos,— escribe en 1865,— que vamos a convertirnos “en partidarios suyos sólo por que adopta algunas de nuestras leyes de Reforma sin advertir que aun cuando las adoptara todas jamás conseguiría nuestra sumisión porque nosotros ante todo defendemos la independencia y dignidad de nuestra patria”. “Nosotros no necesitamos que un extranjero venga a establecer las reformas a nuestro país: nosotros las hemos establecido todas sin necesidad de nadie”⁸.

Lo mismo vale frente a los Estados Unidos, nación cuyas banderas e ideales inspiraron a la nación mexicana en su marcha hacia el camino de la libertad y el progreso. La realización de esas banderas, de esos ideales, deberán ser obra de los propios mexicanos en México como lo fueran de los estadounidenses en los Estados Unidos. ¿Cómo podían ayudar los Estados Unidos a México en su lucha contra la invasión? Manteniendo en alto los principios que eran aspiración mundial, exigiendo su cumplimiento, pero en forma alguna interviniendo en una guerra que debería ser dirimida por los propios mexicanos. Así escribe Juárez en 1865 a don Pedro Santacilia, que se encontraba en Nueva York: “Nosotros con nuestra tenaz resistencia y con el tiempo aburriremos a los franceses y los obligaremos a abandonar su inicua empresa de subyugarnos, sin necesidad de auxilio extraño, y esta es la mayor gloria que deseo para mi patria. Con que el Norte

destruya la esclavitud y no reconozca el imperio de Maximiliano nos basta". Juárez, sin embargo, es presionado por muchos liberales que consideran debe aceptar ayuda material de los Estados Unidos para vencer mejor y más pronto al invasor. En la misma carta escribe Juárez, refiriéndose a estas sugerencias: "Sin embargo, si esa República llega a terminar pronto su guerra civil y ese gobierno como amigo y no como amo, quisiera prestarnos un auxilio de fuerza, o de dinero, sin exigimos condiciones humillantes, sin sacrificio de una pulgada de nuestro territorio, sin mengua de nuestra dignidad nacional, nosotros lo aceptaríamos". ¿Sería esto posible? "No hay más arbitrio —continúa diciendo Juárez—, por lo visto, que seguir la lucha con lo que tenemos, con lo que podamos y hasta donde podamos"⁹. Posiblemente a los Estados Unidos, piensa ya en 1866, convenga actuar para obligar a Napoleón III a retirar sus tropas, pero eso será en función con la política internacional de ese país, aunque pueda coincidir con la mexicana, pero ello es un asunto aparte, el problema a resolver por los mexicanos es sólo un problema mexicano. "Los mexicanos en vez de quejarse, deben redoblar sus esfuerzos para liberarse de sus tiranos. Así serán dignos de ser libres y respetables porque así deberán su gloria a sus propios esfuerzos y no estarán ateniéndose como miserables esclavos a que otro piense, hable y trabaje por ellos". Quizá nuestros vecinos actúen. Pero "nosotros seguiremos la defensa como si nos bastáramos a nosotros mismos".¹⁰

Benito Juárez no estaba dispuesto a hacer por su causa lo que los conservadores habían hecho por la suya, esto es, negarla, aceptando interferencias extrañas y enajenando a la nación. Por ello se indigna cuando se le sugiere la entrega de una parte del territorio nacional a cambio de una supuesta ayuda material. "La idea que tienen algunos —escribe a Matías Romero en Washington— según me dice usted, de que ofrezcamos parte del territorio nacional para obtener el auxilio indicado, es no sólo antinacional, sino perjudicial a nuestra causa". "La nación, de permitir para su propia defensa la entrega de una parte de sí misma, anularía de inmediato esa defensa, se trataría tan sólo de elegir entre este o aquel nuevo dominio, jamás de elegir la propia

autonomía y libertad".

"Posiblemente la nación no sea lo suficientemente fuerte para defenderse de la agresión y la imposición de un nuevo dominio, pero de resistir la una y la otra dependerá su derecho en un futuro mejor a reclamar derechos que a la fuerza le fueron arrebatados. Aceptar la enajenación, aunque esta sea en nombre de la defensa nacional, sería tanto como reconocer el derecho de otras fuerzas o naciones a imponer su dominio sobre un pueblo de acuerdo con una u otra justificación. Lo mismo sería la justificación que daban a la invasión los conservadores que la que sostuviesen los liberales para oponerse a ella: es un doble ofrecimiento de subordinación a una nación extranjera. "Que el enemigo nos venza y nos robe —dice Juárez—, si tal es nuestro destino; pero nosotros no debemos legalizar este atentado, entregándole voluntariamente lo que nos exige por la fuerza. Si la Francia, los Estados Unidos, o cualquier otra nación se apodera de algún punto de nuestro territorio y por nuestra debilidad no podemos arrojarlo de él, dejemos siquiera vivo nuestro derecho para que las generaciones que nos sucedan lo recobren. Malo sería dejarnos desarmar por una fuerza superior pero sería pésimo desarmar a nuestros hijos privándolos de un buen derecho, que más valientes, más patriotas y sufridos que nosotros lo harían valer y sabrían reivindicarlo algún día".¹¹

Tal era el hombre que, como otros hombres en nuestros días, se enfrentó a una invasión, y resistió, al mismo tiempo, la posibilidad de otra. El pueblo que se enfrentaba a la intervención para mantener el conservadurismo, no iba a aceptar otra forma de intervención en nombre de la libertad. El logro de la libertad, la autodeterminación de los pueblos era algo que sólo los pueblos, con sus propios esfuerzos, podrían hacer posible. Al cuidarse Juárez de la posibilidad de una nueva forma intervencionista, se está anticipando a sucesos que un siglo después serían cotidianos. Esto es, a la violación de los derechos de los pueblos con el pretexto de que con tal violación se les ayudaba a sostener tales derechos. Juárez ayer, como muchos patriotas hoy, se negaría a aceptar cualquier compromiso que enajenase las libertades por las cuales luchaban sus pueblos.

Notas

- 1 Manifiesto de 15 de julio de 1867.
- 2 Idem.
- 3 Discurso pronunciado en la apertura del Congreso de la Unión el 15 de abril de 1862.
- 4 Discurso pronunciado en la apertura del Congreso de la Unión de 20 de octubre de 1862.
- 5 Contestación al discurso del Ministro Marcos Otterbourg al presentar sus credenciales el 19 de agosto de 1867.
- 6 Carta a D. Andrés Treviño enviada desde Veracruz el 18 de enero de

1860.

7 Carta al General Mariano Escobedo enviada desde Chihuahua el 3 de noviembre de 1866.

8 Carta al Gral. Mariano Escobedo, desde Chihuahua, el 7 de marzo de 1865.

9 Carta a don Pedro Santacilia enviada desde Chihuahua el 6 de abril de 1865.

10 Carta a don Pedro Santacilia desde el Paso del Norte el 19 de enero de 1866.

11 Carta a don Matías Romero enviada desde Chihuahua el 26 de enero de 1865.